

# Un día de abril

*Estefanía Guadalupe Benítez Santos*

En un mes donde las jacarandas florecen y el calor se intensifica. Un hombre despertaba por las mañanas, listo para comenzar un nuevo día para repetir su rutina: traje planchado, mirada al espejo, y esas cejas gruesas heredadas de un padre que nunca conoció.

Hernán se había convertido en un apasionado historiador, quien amaba la historia de México. En sus tiempos de estudiante pasaba horas y horas entre códices antiguos, documentos coloniales, cartas y relatos tratando de reconstruir el pueblo mexicana que había sido olvidado.

Todo es fascinante en la flor de la juventud y la ligereza del cuerpo es la de una pluma, donde los sueños son más grandes y el límite es el cielo como muchos lo llaman... Pero tarde o temprano la realidad nos alcanza y dejamos de ser soñadores, el capitalismo y la supervivencia llegan para arruinar nuestras pasiones. Ya habían pasado varios años de su egreso, ahora se dedicaba a ser profesor en una escuela.

Cansado de un largo día regresaba a casa, y dando media vuelta por la esquina 46 se encontraba el museo que estaba por cerrar sus puertas. Por mera curiosidad, siempre volteaba para alcanzar a mirar aunque sea un poco, ya que por sus horarios tan ajustados en la escuela, hace tiempo que no visitaba el museo. A lo lejos alcanzo a mirar un mural sobre la conquista española, pintado por José Sanmar. Un caballero

al estilo quijotesco, cubierto de sangre y polvo, mantenía su espada en alto. Frente a él, se encontraba una mujer que lo miraba con súplica mientras tomaba un niño en brazos. Al ver esa pintura se estremeció, su sangre hirvió y siguió su camino a casa.

Llegando a su destino, se quitó la ropa que le quemaba. Apagó las luces y se miró al espejo, bajo las luces que emitía la calle. El hombre que miraba era un hombre diferente, al parecer su búsqueda de respuestas había cambiado sus facciones, su mirada se había endurecido y estaba perdida. La rutina lo había cansado y su cara lo reflejaba cada día más. Sus sueños se encontraban cada vez más lejos.

Conforme más se miraba, su cara se deformaba, sus facciones se tensaban cada vez más mientras le salían arrugas en la piel que él no poseía. Su cabello comenzaba a alargarse y a ponerse blanco. Parecía que su piel se hacía cada vez más vieja, pero no esto no lo asombraba, sino lo hacía mirarse con más detenimiento mientras se tocaba la cara.

Esa imagen que se había formado de pronto se separó y se colocó detrás de él.

Un hombre lleno de polvo, con ropa desgastada, lo miraba fijamente.

—¿Quién eres tú? —preguntó Hernán.

—Me llamo Efraín.

—¿Qué es lo que quieres?

—Tú me llamaste, ¿acaso no estabas buscando la verdad?

Yo no busco nada, la verdad es relativa, sólo sé lo que veo. Lo que conozco. La verdad es muy difícil de alcanzar.

El hombre comenzó a visitarlo cada noche y le relataba la masacre de los españoles, lo que le había sucedido a su familia y todos los horrores que había vivido a mano de ellos. Hernán recibía estas visitas diario por la noche y practicaba el mismo ritual. Apagar la luz, desnudarse y mirarse al espejo esperando que Efraín apareciera...

Hernán comenzó a reprochar su propio nombre y la misma sangre que venía de su abuela criolla, la masacre que

está vivió. Parecía que su vida se tornaba cada vez más intranquila.

Al otro lado del mural, el mismo que a Hernán lo perturbaba, se encontraba María. Detrás de ese lugar, donde nadie la observara, como todos tratamos de escondernos, cuando aún no encontramos nuestro lugar en el mundo. María no era la excepción.

Había cruzado el océano con ilusión. Llegó a México con su título bajo el brazo, una licenciatura en Historia del Arte y un idealismo que ahora, años después, le parecía ingenuo. Se había esforzado por adaptarse, por pertenecer, por contribuir desde su amor a la cultura y la educación. Pero pronto descubrió que llevar acento español era, para muchos, llevar también una carga histórica imposible de soltar.

Ya había intentado ser docente, pero en un país lleno de prejuicios, hacía su nacionalidad, le había ido muy mal. La maestría por ahora no se encontraba en sus posibilidades, así que optó por trabajar en el museo.

—Despierta, María. ¿Sigues aquí?

—Lo siento, sigo aquí.

—Sólo te quedaste mirando ese mural —le dijo su compañera.

Siempre quiso tocar ese mural, era tan alto y tan bello. A ella siempre le impresionaba su magnitud y creía que aún no perdía el toque.

Le encantaba su textura, su aroma y más que nada las emociones que podían transmitir. En este caso, el mural le transmitía melancolía, tristeza y esperanza. Mirar lo cruel que podía ser la humanidad le provocaba rabia, pero, al otro lado de la balanza, estaba su esperanza. La misma que va y viene con el viento. La que nos levanta día con día, la esperanza que nunca se va, pero tampoco se queda.

Esa brillante armadura le hacía recordar a su país, ese caballero para ella no significaba una masacre, sino que le recordaba al emblemático don Quijote de la Mancha, el cual odió durante toda su adolescencia en las clases de literatura, tenía un castellano tan arcaico que le daban ganas de vo-

mitar, no entendía cómo la gente podía amar a un anciano tan loco y tan delgado que amaba con locura a alguien que nunca conoció, su adorada Dulcinea. Aunque bueno, no podía negar que, de vez en cuando, aquel anciano y su gordo compañero lograban sacarle una sonrisa.

Al traer ese recuerdo a su memoria volvió a sonreír.

—¿Ya viste a ese chico? Ya van tres ocasiones en que pasa y no le quita la vista al mural, aunque no logro entender por qué no entra —le dijo Isabel.

—Déjalo, así suele pasar, mucha gente sólo ve los museos por fuera. Además, ¿tú qué le andas contando las veces? Ven, vamos tomando nuestras cosas para cerrar.

Isabel y María, apagaron las luces, cerraron con llave y se fueron a casa.

En la quinta avenida del número 46, Hernán se despertaba como de costumbre, pero ya no dejaba de pensar en lo que le había pasado las últimas tres noches. Esos encuentros con Efraín lo estaban carcomiendo, de sólo pensarlo no dejaba de sudar. Llegó a pensar que estaba enfermo o estaba teniendo alucinaciones, pero todo se sentía tan real... respiró profundo y retomó su día como si nada. Terminó su jornada laboral y se dirigió a casa, de nuevo se encontró con el mural y nuevamente se detuvo a verlo, estaba tan concentrado que no se percató de que una mujer estaba a su lado. Era la compañera de María.

—Puede pasar joven, es un gran mural, podría disfrutarlo de cerca.

Se adentró en el museo, su arquitectura se encontraba perfectamente como la recordaba. Todo era tan acogedor, tan tibio, que logró calmar su ansiedad. Comenzó a recorrer los pasillos, y a mirar las pinturas que se encontraban en exhibición. Rodeado de un gran jardín que daba vista a la calle, se encontraba el mural, decidió mirarlo con más detenimiento.

María lo miro de lejos y a decir verdad, le causó intriga. Se miraba cansado y desconcertado, así que se acercó para ver si necesitaba algo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, María no quiso esconderse.

—Es un gran mural, ¿no lo crees?

—Sí... aunque también es desgarrador.

—Las obras sobre la conquista siempre remueven algo. No son solo pinturas, son historia. Violencia, sufrimiento...

De pronto, Hernán se percató de su acento, su postura, su tez clara y la volteó a ver. Era española.

—¿Y cómo vienes tú a hablar de la conquista? —dijo sin elevar la voz, pero con un filo que no necesitaba gritar—. Si toda mi tierra está manchada por tu sangre.

El silencio se hizo pesado. María sintió que el aire en su pecho se detenía un momento. No era la primera vez que enfrentaba ese juicio, pero dolía igual. No por orgullo, sino porque entendía. Porque, en el fondo, ella también sentía ese peso.

—No vengo a hablar desde el lugar que crees —respondió con calma, sin esquivarle la mirada—. Yo también cargo con eso. No me enorgullezco. Solo intento entender. A veces, hasta intento pedir perdón, aunque sé que no alcanza.

Hernán bajó la vista. No esperaba esa respuesta. Estaba acostumbrado al discurso académico, al tono condescendiente. Pero en su voz no había superioridad. Solo una tristeza que se parecía demasiado a la suya.

—¿Trabajas aquí? —preguntó, cambiando de tono, casi sin darse cuenta.

—Sí. En el área de mediación. Pero a veces me quedo sola con las piezas. Son más fáciles de leer que las personas.

Él sonrió por primera vez, apenas.

Durante unos minutos, ninguno habló. Se limitaron a mirar el mural juntos. Ya no desde la rabia ni desde el juicio. Solo como dos personas que compartían el mismo silencio, desde lugares distintos.

Cuando él se despidió, no pensó en pedirle su nombre. Pero antes de cruzar la puerta, ella lo llamó:

—¿Vendrás otra vez?

Él dudó un momento. Y luego dijo:

—Si me prometes que no me vas a hablar de historia... tal vez sí.

Ella sonrió, y fue entonces cuando él notó que tenía los ojos un poco tristes, pero hermosos.

—No. Te hablaré de arte. Es más honesto.

Y entre el mural y una conversación, entre las heridas del pasado y los gestos suaves del presente, nació algo callado.

Quizá era justo lo que necesitaba Hernán.

Quizá también era lo que buscaba María, sin saberlo: un rincón del mundo donde nada doliera tanto, donde las palabras no pesaran, donde el silencio no asustara.

Dos almas encontrándose sin declararse guerra, sin exigirse promesas.

De Efraín no se supo nada durante mucho tiempo.

O quizá nunca se supo nada realmente. Tal vez solo fue un instante, un parpadeo.

Un sueño necesario para salir de esa rutina que lo carcomía por dentro, de esa tristeza sin nombre, de esa herida antigua que no sabía de dónde venía... pero que igual dolía.

Porque a veces las respuestas no llegan como certezas. Llegan como personas. Como una conversación frente a un mural. Y al final, como diría Calderón de la Barca: La vida es sueño, y los sueños, sueños son.